

## EL ESPEJO

I

—Cuando era yo niño—dijo Claudio Berney—los espejos me daban un miedo horrible. Eran algo así como abismos, cosas vacías y vertiginosas, ante las cuales no me detenía nunca por mi voluntad. A la hora del crepúsculo, por la noche especialmente, me parecían terribles. ¡Se mueven entonces los objetos de un modo tan extraño, con unos reflejos tan lejanos, tan profundos, tan misteriosos!

Había en casa de mis padres, en el fondo de un corredor, una terrible luna aceradosa que a mí me parecía una ventana abierta sobre un mundo de larvas, de manes y de vampiros. ¡Cuántas veces se me pusieron los pelos de punta al verme precisado a pasar por aquel corredor a la hora sombría en que se levantan los murciélagos!

Después perdí esos miedos; pero he conservado siempre una especie de instintiva desconfianza por los espejos. ¿No hay algo pérfido, engañoso, en esas superficies casi invisibles, en las que los objetos se invierten, en las que nuestra mano derecha parece la izquierda, en las que lo escrito al revés se torna normal? El espejo es el más asombroso símbolo que viene a demostrarnos que cuanto en el mundo existe es pura apariencia, o, por lo menos, que no hay nada que sea completamente real visto de dos modos distintos...

Sin embargo, nadie puede tener tantos motivos como yo para amar a esos muebles familiares. Uno de ellos ha representado en mi vida un verdadero papel de hada bienhechora.

¿Qué sería de mí sin la intervención de ese espejo?

Tenia yo por aquel entonces veintitrés años y pertenecía a la estúpida corporación de los tímidos. Chateaubriand, que se vanagloriaba de haber poseído una cordadad extremada durante su juventud, comparado conmigo hubiese podido pasar por un águila en lo que a la audacia y a la acometividad se refiere.

II

Bueno; tenía yo veintitrés años y estaba enamorado. Pero enamorado sin esperanzas. Era por el verano. El castillo vecino al nuestro estaba alquilado por una familia de Lombardía y las circunstancias crearon una sólida amistad entre mi padre y los forasteros.

Eran unos lombardos rubios, deliciosos por su petulancia, su ingenio y su elegancia extremada. El padre parecía un retrato de Van Dyck; la madre conservaba restos de una belleza maravillosa, y la hija, Francesca, añadía al color y la frescura de las rubias, ese divino encanto, esa flexibilidad armónica, esa vivacidad alegre y rítmica, que tardará aún muchos siglos en transmitirse de las razas meridionales a las razas del Norte.

Me enamoré de ella casi de repente, y mi amor se desarrolló por completo en muy pocas semanas. Pero era el caso que cuanto más enamorado estaba más me cortaba y acababa en su presencia. Estaba completa y realmente convencido de que aquella espléndida criatura no podría correspondirme. Por regla general, suele haber cierta esperanza oculta en el fondo de las desesperanzas más intensas. A mí no me ocurría tal cosa. Un teorema de geometría no me parecía tan evidente como la imposibilidad de llegar a ser el marido de Francesca. Así es que ni siquiera pasó por mi mente el propósito de cortejarla. La amaba

LA ENRIQUECIDA



### OBSEQUIO DEL FAMOSO Y EXQUISITO POLVO GRASEOSO HNER

0 en efectivo nios para cuartetas

orme cantidad de cuartetas rriamente; lo que demuestra r que dispensa el público en insuperable producto.

stentar un rostro hermoso al la seda, sin igual, chner, que es delicioso uisito y sin rival.

—¿Por qué me siguen? ¿no han visto nunca una mujer como yo?  
—No, señora, gratis nunca.

### PROTECCION DE LOS ARBOL CONTRA LOS CONEJOS

Para evitar los daños que causan los conejos, generalmente en invierno cuando roen la corteza de los árboles se aplica en la base del tronco una capa espesa de esta mezcla: tierra cillosa o greda, 2 kilos; estiércol vaca, 2 kilos; billis de buey, 1 l sangre de buey, 1 kilo. O esta: asafétida, 125 gramos; sangre, 1 l; tros; arcilla o greda, 5 kilos; escol de vaca, 5 kilos. Si se endurece ablanda con orines de establo.

Es eficaz también pintar con aitrán la parte del tronco que los conejos y animales semejantes suelen roer. Si se trata de muchos troncos, evitar gastos, basta aplicar el aitrán a sólo una banda vertical de corteza hasta escasa altura. Probablemente los conejos roerán el resto de la corteza de la base del tronco, dejarán intacta esa banda, bajo cual circulará la savia, lo que asegura la vida del árbol.

### DESTRUCCION DE LAS BABOSAS

En las huertas sobre todo cuando tanto estrago las babosas, dada su rapidez, que siempre conviene aplicar algún método de destrucción. P

desinteresadamente, ocultaba mi pasión como si fuese un sentimiento ridículo o vergonzoso.

Por lo tanto, aunque se pasaba de lista, la hermosa lombarda no llegó a sospechar nada; me acogió con agrado; pero debí concluir por considerarme como a un ente insociable; me hablaba muy poco y con frialdad.

Enriqueció a todos los jóvenes del país; pero ella pareció durante mucho tiempo que permanecía indiferente al universal homenaje que se le hacía. Sin embargo, al fin hizo su elección. Se vió claramente que Alfredo Frontault obtenía marcada preferencia sobre sus rivales. Francesca, sincera y nada coqueta, no ocultó el agrado con que veía a aquel joven, y yo, por mi parte, tenía que reconocer que era superior a los demás pretendientes. Pero esto no podía servirme de consuelo. La sola idea de que Francesca pudiera casarse me volvía loco. Daba grandes paseos por la orilla del río, con la cabeza calenturienta, con el

corazón oprimido de angustia, con palpitaciones dolorosas. Constantemente pensaba en el suicidio.

III

Una tarde fueron a visitarnos los Luraghi, que así se llamaba aquella familia, y estuvieron en casa largo rato. Francesca, mi hermana y mi prima, después de dar un paseo por el parque, se instalaron en el salón rojo, una de esas habitaciones sin objeto determinado que suele haber en algunas casas antiguas. Yo entré, no sé si por casualidad o atraído por el deseo de permanecer un rato al lado de Francesca. Mi prima me llamó para preguntarme no recuerdo qué. Al cabo de media hora aún permanecía yo allí sentado, algo lejos del grupo. Mi hermana y Francesca casi estaban de espaldas a mí.

Mi prima fué la que salió primero; después, mi hermana fué a buscar unas fotografías que quería enseñar a mi amada. Habo un momento de si-

INCERTIDUMBRE



Barberin (ebrio, recibe una serie de golpes de su dulce consorte).—¿Es que veo doble o tengo dos mujeres?

lencio; silencio pesado, deprimente. Yo hubiese querido salir; pero los tímidos no saben despedirse.

Así es que me quedé. Francesca me dirigió algunas palabras, a las cuales apenas supe contestar. Después se quedó como abstraída en una especie de ensueño.

Miraba—al menos así lo creí—hacia el balcón y no podía verme sin volverse. Esta circunstancia me dió ánimos para contemplarla a mi gusto durante un buen rato, sin apartar mi mirada ni un momento de su divina cabeza rubia. Me latía con tanta fuerza el corazón, que casi me ahogaba. Me acometió una especie de delirio, y, seguro de no ser visto, llevé maquinalmente la mano a mis labios y le tiré un beso.

Entró mi hermana un instante después y al fin tuvo valor para marcharme de allí.

IV

Pasó un mes. Francesca menudeaba las visitas. Me hablaba con más frecuencia con una familiaridad tan sencilla y cariñosa, que hubo días en que casi me olvidé de ser tímido.

Y, cosa extraña, dejó de demostrar la menor inclinación hacia Frontault. Hasta parecía demostrarle frialdad. Yo me sentía feliz sin saber por qué; feliz instintivamente, enajenadamente, como se está a los veinte años.

Un día encontré a la joven rubia en el salón rojo. Estaba sentada ante un gran espejo. Quise retirarme.

—Quédese usted—me dijo.—Su hermana vendrá dentro de un instante... Además, quisiera hacerle a usted una pregunta.

Me indicó que me acercase. Permanecí cerca de ella emocionado, como siempre que estaba en su presencia. Francesca continuó diciendo entre burlona y cariñosa.

—¿Cree usted que los espejos son sinceros?... Estaba preguntándole a éste... Le preguntaba si me había dicho la verdad; si me había engañado... el día en que me dijo que...

Yo la miraba indeciso, sumamente turbado ante aquel rostro burlón y aquellos ojos centelleantes.

—Espere usted—añadió,—no está usted bien colocado para contestarme. Siéntese allí, en aquella silla... y yo me sentaré aquí... No deje usted de mirarme y ponga cuidado en la contestación... Sobre todo, le suplico que sea completamente sincero... pues me ha de sacar de una onda enorme...

Yo temblaba de pies a cabeza. Estábamos los dos sentados exactamente en la misma posición que el mes anterior, el día en que mi hermana nos dejó solos para ir a buscar unas fotografías.

—Bueno—me dijo a media voz,—si el espejo me dijo la verdad, la verdad pura... hay que hacerle hablar otra vez.

Afortunadamente, en aquel momento prodigioso en que se había de decidir mi suerte, aunque me turbé muchísimo, no cometí una estupidez.

Contesté como debía contestar; me llevé la mano a los labios y le tiré el mismo beso que la otra vez a la adorable cabeceita rubia..., y como entonces—sólo que ahora lo ví—el espejo aceptó fielmente mi ademán.

Y Francesca me preguntó muy seria:

—¿Es para siempre?

Yo me arrojé a sus pies, besé sus vestidos sollozando de amor, y ella, llevada del instinto supersticioso de su raza, me preguntó:

—¿No cree usted que los espejos antiguos, a fuerza de mezclarse en la vida íntima de los seres, no concluyen por tener una especie de alma?

J. H. ROSNY.